

JESSICA ENNIS-HILL

La pulsera
mágica
de Eva



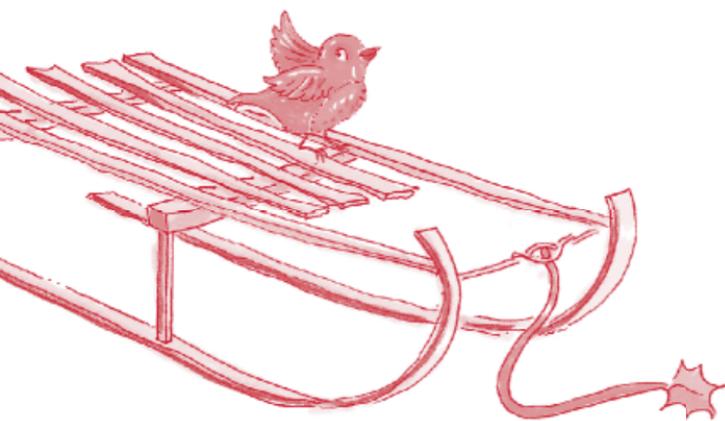
El unicornio y su potrillo







La pulsera mágica de Eva





La pulsera mágica de Eva

El unicornio y su potrillo

JESSICA ENNIS-HILL

y Elen Caldecott

Ilustraciones de
Erica-Jane Waters

B Bruño

Título original: *Evie's Magic Bracelet. The Unicorn's Foal*

© Hodder Children's Books, 2017

© Del texto, Jessica Ennis Limited, 2017

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano

Traducción: Begoña Hernández Sala

Edición: María José Guitián

Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-6660-9

D. legal: M-7100-2022



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

**Para Carmel. Besos.
J. E-H.**

**Para Ed y Thalia,
con amor.
E. C.**







Capítulo 1

Por dentro, Eva Hall chisporroteaba de emoción. A su alrededor, el aire chisporroteaba también con estallidos de magia porque ella estaba entusiasmada.

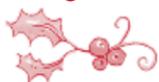
Fuera estaba nevando. ¡Nevando de verdad!

Era por la mañana, muy temprano, y Eva estaba cómodamente instalada en el



salón. Acurrucada y calentita en una gran butaca junto a la ventana, veía caer los copos de nieve y los destellos de la magia. Siempre había magia en el aire cuando alguien estaba contento, feliz o ilusionado. Eva podía verlo debido a un don que había recibido de un unicornio. A veces, incluso podía usar la magia para lograr que sucedieran un montón de cosas geniales y asombrosas, pero solo cuando llevaba puesta una de las pulseras de la abuela Iris.

En realidad, ya había pasado mucho tiempo desde que había llegado la última pulsera. ¡Semanas, semanas y semanas! Eva estaba empezando a preguntarse si la abuela Iris se habría olvidado de ella, o si habría cambiado de opinión sobre lo de compartir la magia.



Pero la nieve era demasiado maravillosa para que Eva siguiese preocupada mucho tiempo.

—¡Mira, *Luna!* —exclamó la niña—. ¡Vamos a tener unas Navidades blancas!

A la gata *Luna* no le agradaba el frío, ni la humedad. A ella solo le gustaba la Navidad por los adornos del árbol. Le encantaba arrancarlos cuando nadie miraba. *Luna* bostezó antes de ovillarse en una posición más cómoda en el regazo de Eva.



En la casa no había nadie más despierto y la calle estaba vacía. Con la blanca capa de nieve, parecía como si el mundo estuviera arropado debajo de un edredón. Era precioso. Eva acarició a *Luna* y vio cómo salía el sol, proyectando sobre el hielo resplandecientes matices de color melocotón, rosa y dorado.

—¿Tú crees que mamá me dejará salir a jugar antes del desayuno si le prometo abrigarme bien? —le dijo a *Luna*, que respondió con un ronroneo feliz. Eva la rascó entre las orejas, de ese modo que les encanta a todos los gatos—. Dentro de cuatro días es Navidad, *Luna*, y además mi cumpleaños, y les he pedido a mis padres una bici nueva. ¿Crees que me la regalarán?

La gata ronroneó más sonoramente aún. Eva lo tomó por una buena señal.



Justo entonces vio un movimiento en la calle. Alguien iba hacia su casa, alguien vestido de rojo, cargado con un saco muy pesado. La niña sintió que se le paraba el corazón, pero enseguida soltó una risita. No. ¡No era Papá Noel! Aún faltaban tres noches para que visitara su casa. Se trataba del cartero, que se abría paso entre la nieve recién caída hacia la puerta principal.

Eva se incorporó y la gata bajó al suelo de un salto, con un aullido.

—¡Lo siento, *Luna*, pero es que viene el cartero! —se disculpó la niña.

Fue a toda prisa al vestíbulo para descorrer los pestillos de la puerta. En cuanto la abrió, ráfagas de aire frío entraron de golpe en la casa.

—Buenos días, Eva —la saludó el hombre—. Hoy tengo una cosa para ti.





¿Para ella? La niña procuró sofocar su ansiedad; probablemente no era de la abuela Iris. Incluso podría ser algo horrible, como una carta del cole recordándole que hiciera todos sus deberes de las vacaciones.

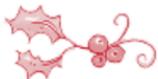
Pero entonces vio la caja que el cartero había sacado de su bolsa. Era cuadrada, iba envuelta en papel de color blanco y rojo y su nombre y dirección estaban escritos con una letra serpenteante y danzarina...; ¡la letra de la abuela Iris!

¡Hurra!

—¡Oh, gracias, gracias! —le dijo al cartero, cogiendo su regalo.

—De nada. Será mejor que vuelvas dentro. Aquí fuera hace más frío que en las cejas de un oso polar.

Y se dirigió de nuevo hacia la calle, dejando profundas huellas en la nieve.



Eva cerró la puerta y regresó deprisa a la calidez del salón. La abuela Iris no se había olvidado de ella; solo había estado dosificando la magia.

El paquete estaba atado con una cinta, y Eva la desató con cuidado. Debajo de la cinta y el papel había una caja. La niña levantó la tapa.

¡Era una pulsera!

Sintió que temblaba por dentro de la alegría.

La pulsera estaba hecha de cuentas de cristal transparente, tan pequeñas y delicadas que apenas se veía dónde acababa una y empezaba la siguiente. Eva la sacó y se la puso en la muñeca.

Cada pulsera que le enviaba la abuela Iris hacía un tipo de magia diferente. Desde que las recibía, Eva había empleado



toda clase de magia: había hablado con los animales, había dado vida a los objetos e incluso había materializado cosas de la nada. ¿Qué haría esa nueva pulsera? Tocó las cuentas y luego volvió a mirar en el interior de la caja.

A la abuela Iris le gustaba dejarle acertijos que insinuaban el tipo de magia que le había enviado. No solían ser de gran ayuda porque eran enrevesados, pero quizá esta vez hubiese sido más clara. Había una tarjeta que Eva leyó:

*Mira a través de mí y encontrarás
una magia diferente.*

Tres vueltas, tres días, es lo que tienes.

¿Puedes ver ya la respuesta?



Eva no pudo evitar sonreír de oreja a oreja. La abuela Iris estaba hablando en clave, como siempre. Ahora que ya tenía tres pulseras, había algunas cosas del mensaje que entendía bien. La magia comenzaría a funcionar cuando ella girara tres veces la pulsera en la muñeca, y se consumiría al cabo de tres días. Pero el resto del acertijo seguía siendo un misterio...

Aguzó el oído cuidadosamente para ver si el resto de su familia se había despertado ya. Lo único que logró oír fue el leve sonido del agua en las tuberías de la calefacción. Sus padres seguían durmiendo, con la perra *Myla* ovillada en su propia cama en un rincón de la habitación. Y Lily, la hermana pequeña de Eva, también dormía en su cuarto.



Luna y ella estaban solas.

Era un momento absolutamente perfecto para probar su nueva pulsera.

Se la puso, la giró tres veces y de ella brotó una luz dorada como agua de un grifo. Se enroscó por la mano de la niña, luego por el brazo, subió y le recorrió el cuerpo.

Mientras la magia la iba envolviendo, Eva reparó en que ya no podía verse la





muñeca, ni la mano. Flexionó los dedos, asustada. Todavía los notaba, todavía estaban ahí, ¡solo que no podía verlos!

Le desapareció el brazo, luego la barriga.

La luz le rodeó las piernas..., que se esfumaron.

Eva corrió hasta el espejo que colgaba sobre la chimenea. Estaba decorado con espumillón. La niña vio el acebo de color verde vivo que su madre había añadido, pero no pudo verse a sí misma.

Donde deberían estar su cara y sus hombros no había absolutamente nada.

Se dio unas palmaditas en la cara. Podía palparse la nariz, la boca y las mejillas, pero no aparecían en el espejo, que solo reflejaba la sala que tenía a sus espaldas.

La pulsera nueva la volvía invisible.



—¿Has visto esto? —le preguntó a *Luna*.

Pero la gata sacudió la cola de un lado a otro, furiosa: ¿adónde se habían ido su confortable asiento y sus caricias?

Eva se echó a reír.

—Bueno, supongo que eso significa que no puedes ver nada.

Su voz resonó en el salón, pero su cuerpo no se veía por ninguna parte.

Aquello iba a ser divertido.

